

Dena den, berrets dezagun ikerketa hau irakurriko duenak ez duela denbora galduko, Atxagaren obra ezagunenetarikoa batzuen azterketa zehatz bezain trinkoa proposatzen baitu bertan Jose Ángel Ascunce tresna metodologiko egokiak modu zuhurrean erabiliz.

Ur Apalategi Idirin



ABELLAN, José Luis; APAOLAZA, Xabier; ASCUNCE, José Ángel; URQUIZU, Patricio
Memoria del exilio vasco. Cultura, pensamiento y literatura de los escritores transterrados en 1939
 Madrid : Biblioteca Nueva, S.L., 2000. - 195 p. ; 21 cm. - ISBN: 84-7030-783-5

El exilio político, a pesar de sus limitaciones, tuvo una indudable incidencia en la población sometida al régimen franquista. Los mensajes eran directos, la situación de sufrimiento, de carestía, de carencia total de libertades democráticas, hacía que el terreno estuviese abonado. Su objetivo era unívoco: atacar al franquismo, oponerse a la opresión, acercarse a la democracia. En el ámbito cultural las cosas se desarrollaban de diferente manera. La variedad de orígenes –no sólo políticos sino culturales–, la pluralidad de objetivos, los ámbitos de actuación y las menores, a veces insuperables, posibilidades de difusión, hicieron limitar o delimitar, su presencia y su incidencia a ámbitos más restringidos, a objetivos más sectoriales, aunque en el fondo, el mero hecho de manifestarse libremente en el pensamiento, la cultura y la creación, tenían un inevitable contenido político, como ocurre en todos los exilios ante una situación de opresión. La calidad, el interés, de las diferentes manifestaciones culturales del exilio, pueden variar considerablemente –y de hecho así sucede– pero todas ellas se manifiestan en el ámbito de la libertad creativa, algo que en aquella época estaba completamente vedado en el interior de la España franquista.

Reflejar esta situación fue el objetivo elegido, a los sesenta años de la conclusión de la guerra civil, por la Delegación de Madrid de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, por medio de un ciclo de conferencias que se desarrollaron en octubre de 1999 en el Ateneo de la capital. Los participantes en ellas, son especialistas de sobra conocidos –tanto en el ámbito vasco como en el académico general– en el exilio republicano y, particularmente, en el que se refiere al campo de la cultura. No hace falta pues subrayar, debido al origen señalado más arriba, que la vocación de este libro se sitúa en el difícil terreno de la divulgación y viene respaldado por la labor de investigación de sus autores, ampliamente demostrada en otros trabajos académicos, que permiten abordar esta síntesis con una auténtica base científica y no con generalidades o buenas intenciones como ha sólido ocurrir en otras ocasiones.

Para poder comprender las características generales de este exilio vasco, Xavier Apaolaza aborda en primer lugar el estudio de sus antecedentes doctrinales y culturales con un rápido recorrido por el trasfondo ideológico de las diversas fuerzas presentes en el conflicto. En él se define, en primer lugar, la diferente configuración de las fuerzas anti-republicanas así como, en el otro campo, la presencia e importancia del liberalismo, el socialismo y el nacionalismo como corrientes democráticas. La Iglesia, poderosa institución en aquellos tiempos, con una importante incidencia en el ámbito extra-religioso, es analizada en parte bajo el epígrafe de “La Iglesia Vasca”, concepto quizá algo confuso ya que en él se hace incidencia particular en aquella parte de la misma que estuvo influida o próxima a los planteamientos nacionalistas o “sociales” –Barandiarán, Mateo Múgica, Onaindía, Ariztimuño, Policarpo Larrañaga– pero en detrimento de aquella otra Iglesia, también vasca, que apoyó, participó, defendió y disfrutó de prebendas, en la guerra civil y posteriormente en el régimen franquista. La lista sería bastante más larga que la primera. El papel y aceptación o desconfianza ante la Ciencia así como la asunción de un humanismo de inspiración cristiana –Mounier y Maritain– y su adopción por el nacionalismo en el exilio, enlaza directamente con este tema. Quizás la exposición esté demasiado ceñida a los aspectos doctrinales o conceptuales, dejando de lado algo que podría ayudar considerablemente a mejor comprender el exilio vasco, es decir la historia política, compleja pero determinante, repleta de enfrentamientos y confrontaciones que seguirán manteniéndose en el exilio y que explican, en gran manera, algunas de sus manifestaciones culturales.

A continuación se aborda el estudio del exilio cultural propiamente dicho del que puede decirse que recoge su variedad, y por tanto la de sus manifestaciones culturales, quedando correctamente tratado en estos trabajos cuya estructura trata de reflejarla. Por un lado están las diferentes manifestaciones creativas; pensamiento filosófico y literatura dentro del contexto de los antecedentes ideológicos y culturales que lo explican y enmarcan. Por otro lado, las manifestaciones culturales en las dos versiones lingüísticas que configuran la realidad vasca: las lenguas castellana y vasca. Indudablemente, y como trasfondo de esta división, la lectura puede ampliarse al enfoque político y doctrinal que incluye, es decir el nacionalista y el meramente republicano o democrático antifranquista sin más, algo que configura, aunque no explícitamente, todo el estudio del exilio cultural vasco.

José Ángel Ascunce, conocido investigador de estos temas con una abundante bibliografía, aborda en su síntesis “La cultura del exilio vasco en castellano”, analizando las características que la configuran. Aparte de las indudables analogías, Ascunce parte de una clara diferenciación entre la cultura del exilio nacionalista y la cultura del exilio republicano. La primera se encuentra generalmente al margen del mundo de la cultura y, fundamentalmente de la universidad, que no pasó de ser un proyecto truncado por la guerra. Su existencia hubiera hecho variar el contenido cultural del ámbito nacionalista pero al no ser posible, éste se resiente notablemente. De esta manera su producción en el exilio es fundamentalmente testimonial y utópica, sin gran preparación intelectual y sin medios culturales cualificados. De ahí que abunden los testimonios personales y la vocación de una afirmación nacionalista que, aunque de poca altura científica, presenta el interés de mantener la presencia de la cultura vasca entendida en su aspecto nacionalista. Consecuencia de todo esto, otro factor a tener en cuenta, es la no profesionalización de los actores culturales que deben llevar a cabo sus actividades en su tiempo de ocio y en condiciones militantes la mayoría de las veces.

Otro es el contenido del exilio vasco republicano de signo no nacionalista que se caracteriza por estar representado por una serie de intelectuales, educados en las

Universidades españolas de la época y, en el ámbito político, por identificarse con los principios democráticos generales. En este sentido, el autor hace un rápido recorrido por los principales representantes de este sector del exilio vasco señalando los nombres y la trayectoria de filósofos, literatos y poetas, traductores y ensayistas como García Bacca, *Juan de la Encina*, Ernestina de Champourcín, Amado Alonso, Carlos Blanco Aguinaga, Federico Alvarez, Cecilia G. Guilarte, Juan Larrea, Toribio Echevarría, Eugenio Imaz, etc. El fenómeno de la guerra civil, que marcó a todos ellos, es analizado en su producción literaria separando sus obras en dos apartados diferenciados: unas son las que entran dentro del “plano de la recordación” –testimonios, vivencias, memorias, generalmente motivadas por necesidades de afirmación política y personal– y otras las que pueden adscribirse al “plano de la interpretación”, en las que el autor incluye a los autores que intentan un acercamiento reflexivo y analítico al conflicto con una visión humanista, cuyos ejemplos más paradigmáticos son el bilbaino Juan Larrea y el eibarrés Toribio Echevarría.

Como adecuado complemento no podía faltar un estudio sobre “La cultura del exilio vasco en eusquera”, tema que aborda el especialista de literatura vasca *euskalduna* y profesor de la UNED, Patricio Urquizu. Resaltando el carácter humano del drama que supone el exilio, como extrañamiento de la propia tierra, Urquizu hace un repaso pomenorizado de la poesía en lengua vasca, tratando de las figuras más importantes como Joseba Zapiain, Basarri, Lopetegui, Monzón, Zaitegi, Koldo Michelena, Leizaola, *Jel-Orde*, etc. De gran interés es su examen de las publicaciones del exilio donde se dan manifestaciones literarias en lengua vasca, como *Euzko-Deya*, *Euzko-Enda*, *Anaiak*, *Aberriz-Alde*, *Batasuna*, *Gernika*, *Ikuska*, etc. Especial atención le merece la revista *Euzko Gogoia*, publicada en Guatemala y Biarritz únicamente en lengua vasca por el sacerdote y exjesuita Jokín Zaitegi. Su vida llena de dificultades y su escasa difusión, no le restan importancia como producto fundamental del exilio *euskaldun* y nacionalista, referente casi mítico en este ámbito. El papel de Zaitegi como escritor, editor y traductor de los clásicos griegos, así como el de su más íntimo colaborador durante años, el casi jesuita, Andima Ibiñagabeitia, es extensamente estudiado en estas páginas por su importancia e influencia. La narrativa, de presencia más escasa que la poesía, está representada por figuras como José Eizagirre, Juan Antonio Irazusta, Severo Altube y Martín Ugalde. El teatro, de mayor tradición en la cultura nacionalista, tiene como principal cultivador en el exilio a Estanislao Urruzola (“Uxola”), mientras que el ensayo presenta algunas figuras de las más reconocidas dentro de la cultura en lengua vasca y de las que se ha tratado anteriormente por cultivar diferentes géneros. Tal es el caso de Zaitegi con sus ensayos sobre Platón o de Andima Ibiñagabeitia con sus traducciones de los clásicos latinos y su azarosa vida política, a la que el autor se refiere en su estudio. *Orixe*, cercano a estos dos autores, fue cultivador también del género en numerosos artículos recogidos en las diferentes publicaciones vascas de la época. El fraile franciscano Salvatore Mitxelena, destaca en la cultura vasca *euskalduna* por su talante tolerante y hasta cierto punto crítico –teniendo en cuenta el ambiente dominante en el ámbito de la cultura nacionalista eusquérica de la época– demostrado en su ensayo sobre Unamuno (*Unamuno eta Abendats. Bilbotar filosofoaren eta Euskal-Animaren jokerei antzemate batzuk*. 1958). Urquizu, finaliza, definiendo esta cultura eusquérica del exilio como cultura de resistencia cuyos frutos se recogerán más tarde, actualmente, subrayando el esfuerzo que supuso el intento de adecuación de la vieja lengua vasca “a las nuevas situaciones que la modernidad exigía”.

Nos atreveríamos a señalar, relacionado con este aspecto –aunque quizás no sea éste el lugar adecuado por tratarse de una obra de divulgación– la ausencia en este apartado de una figura, modesta pero interesante, como es la del renteriano Francisco Zalacain. De origen obrero, socialista en su origen, pasado posteriormente

al Partido Comunista de Euzkadi, mostró siempre en el exilio una sensibilidad especial para la lengua y la cultura vasca, desde una perspectiva de izquierdas y marxista, que materializó en numerosos artículos. De formación autodidacta, su huella puede seguirse en las publicaciones comunistas vascas del exilio, en México, Toulouse y París, en las que aparecen textos en lengua vasca debidos a su pluma. Pero, su principal obra en este aspecto es la creación y publicación en la clandestinidad de la revista *Arragoa. Revista vasca de cultura y política* (7 números, de 1964 a 1967, que se intentó continuar con *Oldar. Revista vasca de cultura y política*, de la que sólo apareció un número), donde intervino con diferentes seudónimos –“Aiztondo'tar Andoni”, “Ikustoroi”, “Azerko”, “Argizale”, y “Arsuaga”– sobre temas políticos y culturales, tanto en vasco como en castellano. En este sentido resulta difícil de olvidar su artículo crítico, publicado con el seudónimo de “Manuel Ereño”, sobre “El solipsismo lingüístico en el ensayo “Hizkuntza eta pentsakera” de Txillardegí”. Como tampoco cabe despreciar, en un esfuerzo parecido al arriba señalado por Urquizu, de adecuación de la lengua vasca a la modernidad, sus traducciones, con el seudónimo de “Irrintzi”, del *Komunista Alderdia-ren Agiria*, de K. Marx y F. Engels (París, 1971), y con su verdadero nombre, del *Estadua ta Iraultza* de Lenin (París, 1973).

José Luis Abellán, otro de los especialistas del exilio cultural republicano, retoma para finalizar en el capítulo “El pensamiento en el exilio vasco”, cinco grandes figuras del pensamiento que tienen como punto común el situarse al margen del ámbito nacionalista, desarrollar una obra de carácter universal ligados al mundo universitario y hacerlo todos ellos en castellano. Aunque estos autores han sido mencionados en páginas anteriores, Abellán incide con mayor detenimiento en su obra, penetrando en su significación filosófica y en su enfoque humanista. De ahí que comience refiriéndose a la labor intelectual del donostiarra Eugenio Imaz, como escritor, traductor y difusor de la inmensa obra de Dilthey, a quien uno de los autores de este libro, J.A. Ascunce ha dedicado numerosos trabajos y rescatado del olvido. El platonismo y existencialismo del irunés Cástor Narvarte, que incluye una interesante obra literaria y filosófica marcada por un historicismo de corte vitalista, así como la obra literaria del bilbaino Juan Larrea en la que se mezclan elementos místicos, antropológicos, poéticos, históricos y teológicos, configurando una obra original dentro de la cultura de corte hispanista del exilio republicano, son consideradas obras relevantes de este exilio cultural. En él se incluye también a María de Maeztu, discípula de Ortega y Gasset, implicada en el ámbito de la pedagogía, estudiante en Alemania antes de la I Guerra Mundial y, directora posteriormente de la Residencia de Señoritas de Madrid. La guerra civil, con sus implicaciones familiares, supuso un impacto sobre su vida y sus ideas, evolucionando hacia posturas conservadoras que le alejaron, durante su estancia en Argentina, del ámbito republicano.

Finalmente la figura y la obra del pensador navarro, de origen religioso, García Bacca, vinculado a la vida universitaria, es analizada con cierto detenimiento, subrayando la propuesta del filósofo de armonizar filosofía y ciencia actual como tendencias ambas a una humanización positiva del universo.

Una amplia bibliografía y un útil “Índice bio-bibliográfico” completan esta obra que supone una buena introducción al exilio cultural vasco y que sirve para mostrar el camino a aquellos que quieran penetrar con más profundidad en su estudio, para lo que resultará imprescindible consultar las obras especializadas de los autores que aquí concurren.

Juan Carlos Jiménez de Aberasturi Corta